



Pelairos

Boletín de los Pelairos del Principado de Cataluña

CEDOC
FONS
A. VILADOT



PELAYOS

ANO I

XII

NÚM. 3

A S. A. R. EL PRINCIPE-REGENTE

Señor:

Nos embaraza el temor de que no sabremos encontrar palabras que expresen con fidelidad nuestros pensamientos, que reflejen los sentimientos de nuestra alma, que sean justa medida de nuestros afectos, plasmación de nuestros vivos anhelos y confesión plena de la lealtad inquebrantable con que os servimos. La palabra tiene hoy, bajo todos los aspectos, un valor límite. Nuestras almas son infinitas.

Por esto quisiéramos ser pocos en palabras y prodigios en hechos evidenciadores de la sinceridad que nos mueve.

Somos los mismos, Señor, como nuestros hermanos Pelayos, que lucharon en nuestras guerras carlistas, y que murieron también. Somos y seremos siempre igual.

Ni las distancias, ni el tiempo, ni la malidicencia apagaron el fuego de nuestro corazón. Nadie podrá desilusionarnos. Nadie podrá interponerse entre Vos y nosotros.

Cuando de lealtad se trata, nosotros somos tanto como el que más y aún nos hacemos el cargo de ser un poco más que el que más. Tenemos fe viva, esperanza de juventud y caridad cristiana. Luchamos bajo un cielo purísimo azul, sin desmayos, seguros que se nos acerca la victoria deseada. Somos como una llama quemadera de impurezas y lámpara encendida en el santuario de la Patria.

¿Somos también románticos?... El mundo que nos llame como quiera. Nosotros sólo sabemos que preferimos la muerte a la deshonra. Y seríamos como nuevos Judas aceptando programas o personas que no fueran aquellos por los cuales lucharon nuestros mayores. Quisiéramos en verdad que cuando bajemos al sepulcro nos amortaje la bandera gloriosa de DIOS, de la Patria, de sus Fueros y el Rey.

Aunque gentes desleales Os abandonen nosotros no Os abandonaremos nunca. No lo haríamos porque Vos sois el legítimo representante de la Tradición española, legado por el último Rey, Alfonso-Carlos (q. s. g. b.) entre V. A. R. y nosotros solamente hay aquellas personas que Vos delegásteis. Nadie más. Por esto cuando alguien (l) habla en nombre de las Tradiciones Patrias, como también en nombre del Carlismo, y no es por acatar los Reales Decretos de Vuestro Augusto Titulo, e. Rey, consideramos que ello es para hacer juegues malabares, éstos ya no tienen para nosotros ni autoridad, ni dignidad. Lo hemos dicho; nadie ni nada podrá apartarnos de Vos.

Recibid, Señor, estos testimonios en el día de Vuestra onomástica. Pensad que los que así os quieren no anhelan sino en reyo, otra merced que la de ocupar el sitio de mayor peligro en la hora decisiva del sacrificio que recibís de vitoria al día esplendoroso del triunfo.

Señor, a los Reales pies de Vuestra Alteza.



S. A. R. Don Francisco
Javier de Borbón

NUESTRA felicitación en las tradicionales Fiestas Navideñas a S. A. R. el Príncipe Regente, a su Delegado Nacional, Delegado Regional, nuestros Jefes de Pelayos, lectores y subscriptores.

Los PELAYOS

D I O S

La definición dogmática de la Inmaculada

(8 DE DICIEMBRE DE 1854)

En la Basílica de San Pedro y entonando el himno al Espíritu Santo, el entonces Vicario de Cristo, Papa Pío IX, de feliz memoria, revestido de blanco y oro subió al Trono y allí en calidad de Cabeza infalible de la Santa Madre la Iglesia, y como Supremo Maestro de la Cristiandad, sentado en la Cátedra de Pedro, con voz profundamente commovida y en más de una ocasión cortada por las lágrimas, lentamente leyó el decreto que expone definida la doctrina que enseña que: **«La Beatísima Virgen María en el primer instante de su Concepción por singular gracia y privilegio de la Omnipotencia de Dios, y en previsión de los méritos de Jesucristo, salvador del linaje humano, fué preservada inmune de toda mancha de pecado original, es revelada por Dios y por lo mismo ha de ser firme y constantemente creida por los fieles.»** (Bula Ineffabilis Deus).

Desde este instante la creencia, que tradicionalmente en España se había arraigado de tiempo inmemorial en el verdadero pueblo, en la Inmaculada Concepción de María, es dogma de fe, y, por lo tanto, el que no lo creyera es **CANATÉIA**, es decir, queda fuera de la verdadera Iglesia de Cristo; ya que el Papa la definió **«ex catedra»**, es decir, como doctor y pastor supremo de la Iglesia y en este caso es infalible.

La Concepción Inmaculada, nos dice el Papa Pío IX, en las palabras antes citadas es un privilegio y como tal supone la existencia de una ley: la ley del pecado original en todos los hijos de Adán; y de cuya ley es excepción. Con-

cretando aún más, privilegio supone ser la **única excepción hecha a una ley universal**.

Este privilegio de María no consiste en una santificación del alma de María después de su creación o infusión en el cuerpo como lo fué San Juan Bautista.

El privilegio de María consiste en ser **preservada inmune de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su concepción**; es decir, salida de las manos de Dios santificada y llena de gracia.

La Virgen no fué pues ni un instante sujeta al pecado, esclava del demonio, y enemiga de Dios. Jesucristo no podía tener por madre a quien hubiese sido su enemiga.

¡PELAYOS!... Así como la Iglesia, y en la Basílica de San Pedro, entonó un solemne Te-Deum, en acción de gracias por tal definición que, como una piedra preciosa más brilla en la corona de la Virgen y Madre nuestra, así también nosotros tenemos que alegrarnos en tal fiesta e invoquemosla siempre bajo el título de su privilegio, seguros de ser siempre atendidos en nuestras súplicas.

Esta mujer tan grande y amada de Dios es, Pelayo, tu Madre y Patrona.

«Estudiad, estudiad y trabajar para que con el fruto de vuestra inteligencia contribuyáis a la felicidad de España.»

(Frase de D. Juníus)



TOQUE DE DIANA

El Pelayo en las fiestas de Navidad

El Pelayo es esencialmente tradicionalista, es decir, amante y defensor de las tradiciones patrias; y esto puede demostrarlo a maravillas, en las fiestas cercanas de Navidad, conservando las tradiciones españolas de tales fiestas y desterrando estas cosas que nos han venido del extranjero.

¿Qué es eso del «Árbol de Navidad»?... ¿No es mucho más hermoso y cristiana la costumbre de nuestros «Nacimientos»? En ellas el niño pone todo su amor de cristiano, su gusto de artista, su entendimiento de niño. Cambia de postura las figuras de los pastores y de los Reyes, que van

y vuelven de Belén; hace reverberar la estrella que guía los pasos de los Reyes; espolvorea con yeso los tejados para que aparezcan nevados; hace correr el agua por un río improvisado o lo limita con papel de plata y sobre todo hermosea la Cueva de Belén con las figuras simpáticas de María y de José, que miran con ternura al Niño recién nacido.

Y de ésta alegría del buen Pelayo participan sus padres, que ven en el niño un precoz artista, los hermanitos que miran extasiados y comentan y gritan, y se enfadan si ven en el Nacimiento la casa de Herodes, el asesino de los Inocentes.

CONSIGNA:

Todo un buen Pelayo, ha de componer un Nacimiento en su casa, y enseñarlo a otros Pelayos y compañeros y contar ante él hermosos villancicos y pedirle al Niño-Dios derrame sus bendiciones sobre toda la familia, sobre S. A. R. el Príncipe-Regente, sobre todas las Autoridades Tradicionalistas y en particular sobre nuestra organización de Pelayos.



Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bone voluntatis... (Luc. ii, 14)

La historia de la humanidad tiene su punto crucial; desde este punto, emergen los años de su existencia; desde este punto se cuentan las fechas y los grandes hechos, punto de referencia para todo cuanto prosigue como para todo lo que antecede, una cuenta progresiva y una retrograda, tiene en él su primer número de partida.

Si comparamos las dos fases de la historia de la humanidad, notariamos la gran trascendencia de este momento histórico, al materialismo más bajo dominando en todos los rincones del globo, se le opone la alta espiritualidad de una doctrina; a aquello de que «Dios es el viento» se le opone como nos dice San Pablo: «el nuevo hombre creado por Dios, en la justicia y la santidad de Verdad»; o como leemos al mismo Apóstol: «aquellos que impulsados por el Espíritu llaman a Dios: «PADRE». Al reinado del vicio, se le opone la dulce virtud; a la muerte, la vida; a la oscuridad la inteligencia, la luz de la verdad.

Mientras en un tiempo la tierra recela de los desheredados de la suerte humana que por ser inútiles a la sociedad son eliminados de la misma, en otro una unión de asilos y hospitales recogen bajo sus techos a pobres, enfermos y maltratos; a la época del odio al hermano, le sigue la de la «caridad fraternal» y la del amor al enemigo; y al tiempo en que las cruces son símbolo de oprobio, le siguen otro en que es símbolo de grandeza y redención.

¿Cuál es el punto de concentración entre las dos épocas, de historia tan meramente distintas?... ¿Cuál es este signo bajo el cual nace una tal contradicción?

«De Judea nacerá una estrella» — dice el profeta —, y esta estrella lució en el firmamento una media noche que resplandeció más que el día.

El hombre pecó en el paraíso negando la gloria de Dios, no cumpliendo el precepto por Él establecido; de aquel pecado vino la rebelión de toda la naturaleza contra el prevaricador y el hombre tuvo que luchar contra sí mismo, contra sus propios hermanos, la misma naturaleza daba gemidos inenarrables bajo la opresión del hombre pecador, según el Apóstol.

Un pecado y una lucha fueron la raíz y el fruto de un acto de orgullo. Otro hombre nació años después en una miserable choza de un pueblecito de un

rincón de la tierra, en una nación dominada por el extranjero, «Ecce venio» fué la frase que puso en sus labios el profeta para su entrada en la vida humana «Ecce venio» (he aquí que vengo) para hacer tu voluntad — continúa el profeta aplicando al hombre

cial de la historia; de aquí nacen dos épocas; este es el signo de contradicción. El nacimiento de un Dios-hombre.

En su nacimiento fué cantado por los ángeles aquel cantiglo que me ha servido por lema:

«GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS Y PAZ EN LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD»

También para ti, amado Pelayo, será Jesucristo que es otro este Dios-Hombre, el punto crucial, el artífice de tu vida y tu signo de contradicción. Si como tus primeros padres te enorgulleces de tu propio cuerpo en ti mismo, y sientes en tu interior este deseo de ser como Dios, ¿negarás a Dios la gloria que le pertenece?; te enfrentarás con Cristo y apartándote de Él entraras en el camino de la lucha, reproducirás en tu persona las mismas consecuencias de la que fué causa en ellos, el pecado; sentirás la rebelión de ti mismo, la indiferencia hastiada de las cosas que te rodean, el derrumbamiento de tus planes e ilusiones y te parecerá que todo se vuelve en contra de ti. Es que has negado a Dios su gloria y no hay paz para el pecador que, como nos dice la Sagrada Escritura, lo ha buscado por doquier *«paz, paz y no había paz»*.

Pero tú, Pelayo, como tal debes de pronunciar tú «Ecce venio» al Dios-niño, decirle: «aquí vengo, Señor, para hacer Vuestra voluntad»; procurando que tus malabrazos no sean sólo meras palabras sino que acompañándolas con tus obras sean pruebas de esta conformidad con la voluntad de Dios; verás dejante de ti el camino nuevo, estrecho quizás y lleno de espinas amargas. Levando seguramente una cruz más o menos pesada, salpicado con la sangre de los que lo recorrieron priuario y llegarás como otros hermanos al mismo calvario, para morir allí junto a la Cruz de Cristo, muriendo así por ideal de Cristo, al lado de Cristo y como Cristo, le podrás decir como el buen ladrón: «Cuando estés en tu reino, acuérdate de mí, Señor». Y en tu interior sentirás la voz sublime del Maestro que te dirá: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Es la única manera de dar la gloria a Dios en la alarma y así Dios te dará la paz que tiene reservada a los hombres de buena voluntad.



tuvio y dirigidas a su Padre, Dios incommensurable y eterno, porque aquel hombre aunque siendo hombre no dejaba de ser Dios, era el Hijo unigénito del Eterno encarnado para redimir al linaje humano.

Una gloria y una paz son el resultado de un acto de humildad y obediencia. Aquí tenemos el punto cru-

P A T R I A



Vete y que Dios te proteja...

Se llama nuestro héroe Ramiro Valero Marzo; es un Pelayo que cuenta la edad de doce años y medio, caso erídico, auténtico y no como muchos lo calificaron como historietas de «novelas rosas»...

Durante todo el asedio de la ciudad mártir de Teruel, se dedicó a ayudar a nuestras tropas escurriendo por entre el peligro para llevar a primera linea de fuego víveres, municiones, etc. Nunca demostró ni temor ni flaqueza, era un Pelayo de cuerpo entero.

Cuando cayó la ciudad de Teruel en poder de los sin Dios, y sin Patria, él seguía llevando su boina-roja y oculta. La conservó siempre.

Algunos días después los rojos se lo llevaron con su madre y hermana en un interminable calvario, por diferentes pueblos. Por fin le separaron de su hermana, a quien se llevaron a Valencia; a él y a su madre les condujeron a Jaén.

Desde que llegó a esta población solamente pensó volver en la zona nacional. Con una entereza de ánimo, una serenidad y una valentía impropia de su edad y dignas de un hombre de temple y corazón, sostuvo el ánimo de su madre, proponiéndola acercarse a Teruel detrás de las líneas rojas. Así lo hicieron, con las dificultades naturales por carecer de dinero y no encontrar medio de locomoción.

Durante su peregrinación no comían sino zanahorias y frutas, naturalmente sin pan. Llegaron por fin a la inmediata retaguardia roja y el muchacho dejó su madre en un pueblo y fué a Valencia a buscar a su hermana. Después de mil penalidades la encontró llevándola al lado de su madre. Desde aquel momento se dedicó a buscar el medio de atravesar las líneas de fuego. Varias veces lo intentó y lo tiorearon, salvándose milagrosamente. Al cabo de siete días llegó a Teruel que había sido recuperado por España.

Al entrar a la Plaza se presentó al Comandante Militar para explicarle su odisea y pedirle permiso para poder regresar a zona roja y recoger a sus familiares. Fué autorizado, advirtiéndole el peligro que corría. El comandante le dió dos bombas de mano y le dijo: «Vete y que Dios te proteja»... y, en efecto, pasó y regresó después con su madre, volvió de nuevo y vino acompañado de su hermana, y aun pasó por tercera vez y volviendo a presentarse a Teruel con tres familias más a quienes había servido de guía.

Tal es el bello gesto que si la Patria española lo demande tendríamos que imitar cada uno de nuestros Pelayos, que tiene todas las características del más destacado de los hechos heroicos que pudiera realizar no un niño de sus años, sino un hombre cabal.

FUEROS

La Seo de Urgel

La Seo de Urgel, considerada como plaza fuerte de la alta montaña de Cataluña, había representado un importante papel así en la guerra de 1820 y 23 como en las posteriores y se maravilló tanto la sorpresa de su conquista, fue particularmente por los escasos recursos de que disponían los sitiadores.

Encontrábase el Brigadier don Francisco Tristany en Solsona con su Brigada el 14 de agosto de 1874, cuando se decidió definitivamente dar aquel golpe de mano, y para ponerlo en ejecución, recurrióse a un soldado esforzado y energético, a propósito para llevarlo a feliz término: llamábese este soldado Andrés García, y tenía el grado de comandante. García salió sigilosamente de Solsona con 150 hombres y llegó hasta la Seo de Urgel sin que nadie se apercibiese de su proyecto. Los 150 voluntarios que le seguían consiguieron bajar a los fosos de la plaza y ocultarse en ellos durante algunas horas, sin que nadie los viese, hasta que por último, en el momento convenido dos oficiales, don Pedro Colell y don Juan Espar, se destacan del grueso de las fuerzas y escalan sigilosamente las murallas. Luego, con una oración y un abrazo, se despiden y marchan en dirección opuesta a eliminar a los centinelas liberales, pasan unos minutos de angustia para todos, la vida de aquellos 150 hombres estaba en sus manos y era preciso obrar con toda rapidez y prudencia, pero gracias a Dios todo resultó como estaba planeando y previsto, los dos centinelas son desarmados y amordazados rápidamente. No se dió ni un grito de alarma, por cuya razón aquéllos dos valientes, viéndose en breve secundados por García y su gente, invaden el cuartel de Artillería, haciendo pri-

soterra a toda la fuerza que allí se hallaba, y sin que estos primeros e importantes triunfos hubiesen costado una sola gota de sangre.

El día 16 encontrábase ya Tristany al frente de Urgel con su columna, y el comandante de la plaza, encerrado en los fuertes, se negaba a rendirse, por lo cual mandó Tristany que los muchos cañones encontrados en la plaza se apuntasen contra la ciudadela. No fue larga la resistencia que oposieron los defensores de los fuertes, los cuales intentaron escaparse para no caer en manos de los carlistas; pero viéronse cortados, y se entregaron sin la menor resistencia. Al mismo tiempo, las fuerzas carlistas iban ocupando todos los fuertes y haciendo dueñas de la plaza, en la cual encontraron 60 cañones y 4.000 fusiles.

Con este golpe tan bien tramado y mejor ejecutado consiguieron uno de los mayores triunfos que las fuerzas carlistas de Cataluña habían de alcanzar.

La pericia de los mandos y el espíritu de sacrificio de aquellos voluntarios dieron buena prueba de la capacidad estratégica y combativa del ejército de Carlos VII.

Desde tiempo inmemorial estaba abandonada la Lengua de Sierpe, donde estuvieron escondidos durante 13 mortales horas los valerosos voluntarios que con tan feliz suerte llevaron a cabo la sorpresa de la Seo de Urgel, sin que el soberbio les facilitase la conquista de plaza tan importante, con la que proporcionaron un día de gloria a los carlistas y españoles y de pesar a los liberales, que con justo motivo califican de «injustas novedades» la rendición de la plaza y fuertes de la Seo de Urgel.

REY



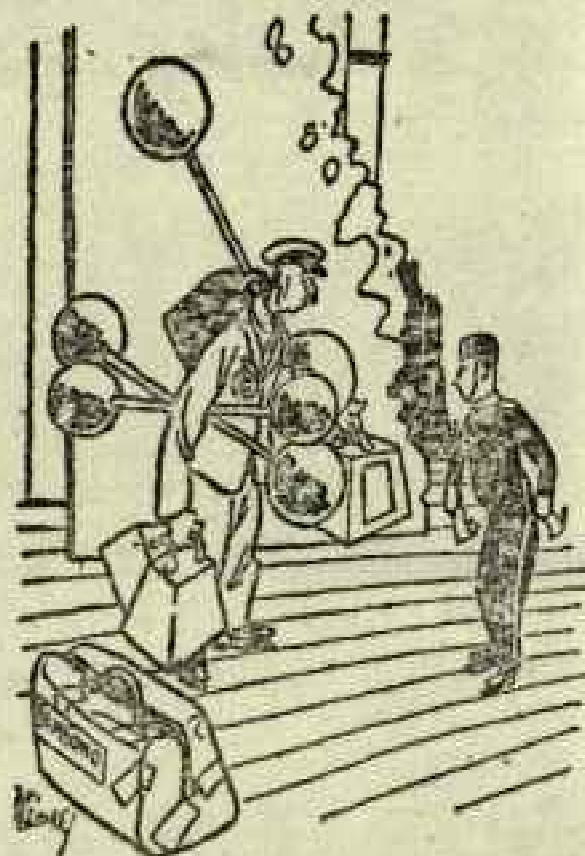
Los Príncipes de la dinastía insobornable

Cinco fueron los Príncipes de la heroica dinastía insobornable que encarnaron la ortodoxia a lo largo de un siglo vacío de grandeza. Idénticos en su significación histórica, cumplieron la difícil misión trascendentalísima de mantener, muy alta y muy pura, la bandera de las auténticas reivindicaciones nacionales y los grandes pensamientos españoles. Fueron como dijo cierto orador: «la España ideal frente a la España bastarda, europeizante y afrancesada de los liberales».

Los cinco mantuvieron, como hoy mantiene nuestro Príncipe Regente con inquebrantable intransigencia la pureza de la Causa. Y así pudo afirmar el propio Carlos VII, que se había negado a claudicaciones y componendas para llegar a sus leales un estandarte que pudieran tremolar muy limpio, muy limpio y muy alzado. Y fué cierto. Jamás nuestros Reyes, querido Pelayo, y que te sirva de norma para tu vida política que emplezas, no tuvieron la debilidad de ceder ni ápice de sus derechos no ya dinásticos sino ideológicos. Sufrieron el destierro, la pobreza y la calumnia; que trataron y padecieron; pero nunca pudo el liberalismo ni con el hierro de las armas, ni con la astucia de la intriga, ni con la tentación del soborno, conseguir de ellos la más mínima concesión. Y es que aquellos varones integros y ejemplares eran fiel reflejo de la Causa que representaban. La Comunión Tradicionalista-Carlista, tiene de la realeza un concepto jurídico muy a la española. «El pueblo no es para el Rey, pero si el Rey es para el pueblo». Y como si la Providencia quisiera demostrar que eso no era un concepto vano, hizo que uno de los predestinados a mandar por la legitimidad de origen faltase a la legitimidad de ejercicio. Fué Don Juan, el padre de Don Carlos VII que, llamado a desempeñar la función real en el exilio —¡bella misión de toda la dinastía!—, hizo unas declaraciones imprudentes

de parcial adhesión al liberalismo, y fué excluido inmediatamente, para dejar paso al Príncipe de las barbas floridas y los gallardos gestos, de las profundas concepciones de estadistas y los recios arrebatos de guerrero.

En rapidísima visión yo quiero hacer desfilar los nombres de estos Reyes sin cetro y sin corona que retratan sobre los corazones del pueblo leal que supo ser fiel — ¡ay, Dios, a costa de cuantos sacrificios! — a la Tradición de España y al mandato de la Historia.



—¿Me hace el favor de decirme dónde está el cuento del héracles?

